



# Menchu Gutiérrez

## La ventana inolvidable



MENCHU GUTIÉRREZ

# La ventana inolvidable

Galaxia Gutenberg



**BARBASTRO**  
AYUNTAMIENTO

Un jurado compuesto por Marta Sanz, como presidenta, Ignacio Martínez de Pisón, Inés Plana, Manuel Vilas, Luis Sánchez Facerías, Carmen Valcárcel, Edurne Portela y Joan Tarrida concedió a esta obra el 20 de mayo de 2022 el LIII Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© María Carmen Gutiérrez López, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 12858-2022  
ISBN: 978-84-19392-03-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Cuando mi familia vendió la antigua casa en la que transcurrió mi infancia, antes de que fuese abandonada para ser finalmente demolida, pedí a mi madre que guardara para mí una de las rejas de las ventanas geminadas de la torre. No creo que se tratase de un fetiche, pienso más bien que la pequeña estructura de hierro era en esencia una máquina del tiempo.

El tamaño de estas ventanas era tan reducido que por ninguna de ellas hubiera podido entrar un ladrón, de modo que las volutas de metal tenían como misión decorarlas y dotar a su interior de un antiguo prestigio.

En la imaginación, una torre despierta el anhelo de ser conquistada. Quizá la costumbre hizo que mis abuelos colocasen aquellas rejas que, de manera inconsciente, convertían el espacio así protegido en un lugar valioso, que debía ser defendido. O quizá continuaban la tradición de los cuentos de hadas o de las leyendas y el prestigio perseguido fuera de naturaleza literaria. Las ventanas de la torre, que tenía también algo de atalaya, llevaban adheridas muchas historias.

De la locura que terminó por adueñarse de Guy de Maupassant recuerdo siempre la figura de ese «otro» que tomaba posesión de su casa cada vez que el escritor se ausentaba de ella. Maupassant lo veía desde la calle, en forma de aterradora sombra, asomado a la ventana de su cuarto. Aquel inquilino negro que no era sino él mismo.

Entiendo bien esa clase de fantasía a la que me abandono por unos instantes y que puedo negar justo antes de que se fije en mi cabeza para siempre, sin posibilidad de retorno. La locura con billete de ida y vuelta a la que viajo a menudo con la poesía, y a la que Maupassant sucumbió definitivamente. También yo sentí muchas veces que mi vida continuaba, desdoblada, en la habitación de la torre de mi cuarto, cuando miraba desde el jardín o la calle hacia sus ventanas. Y a pesar de que la casa desapareció hace muchos años, todavía hoy, mi vida continúa en el interior de la torre, y miro por cada una de las pequeñas ventanas para encontrar un paisaje que fue cambiando dramáticamente a lo largo de los años, primero en vida de mis abuelos, y después de mis padres y de la mía propia.

Puedo, como entonces, mirar hacia el cielo, hacia el horizonte, o hacia abajo, en dirección a los cuatro puntos cardinales del jardín o a un horizonte circular que trazo, yendo de ventana en ventana. Cada ventana tiene adherida una historia también. Una es la mía y otra, totalmente diferente, es la de quien la mira desde lejos y trata de imaginar lo que sucede en su interior.

En las torres de los cuentos y las leyendas viven personas prisioneras que desearían escapar de su encierro, pero esta torre era un dormitorio más de nuestra casa, y a él podía subir y de él podía descender sin que guardián alguno me cerrase el paso. En el interior del cuarto, sin embargo, las ventanas y sus rejas hacían del espacio un permanente laboratorio de sentimientos enfrentados: la torre vigía era celda a la vez; la libertad comunicada por la altura, la idea de dominio, se convertía en encierro a causa de las rejas.

¿Quién podría adivinar lo que sucedía en su interior?

¿Qué vemos cuando miramos en dirección a una ventana? ¿Qué historia o historias reconstruye la visión de una ventana?

Nunca me he repuesto de la pérdida de esa casa, a la que estaba tan unida como a una concha. Como no podía transportar la ventana y todo lo que esta llevaba adherido pensé que la reja tendría el poder de poner en marcha la memoria y despertar el paisaje interior del cuarto que la ventana guardaba; también, el exterior al que interrogaba.

Si esta casa tenía la forma de un cuerpo, cuya cabeza era la torre, y si el tronco y las extremidades eran la primera planta, la segunda y sus balcones, y si tenía órganos vitales, como los intestinos del comedor o el corazón de la cocina, las ventanas eran sus ojos.

Todas las casas tienen un cuerpo –incluso, tum-  
badas, en una sola planta– y unos ojos que miran  
con alegría o resignación a una calle, a un pedazo  
de cielo, a un jardín o a la pared gris de un patio.  
Sobre todo, los pisos, como enfermos eternamente  
yacentes, dependen en gran medida de esos ojos  
para recibir su ración de vida exterior más o menos  
luminosa, más o menos tranquila, más o menos  
susceptible de ser interpretada.

T. bucea en los álbumes de fotos, y regresa a la casa de su infancia y a sus ventanas principales, situadas a ambos lados de la puerta, las que daban la bienvenida al visitante y en las que reconoce un aire de familia.

Al pensar en el gran catálogo de formas de la historia de las ventanas, que ve desplegadas en las láminas de los diccionarios antiguos y en los libros de arte, encuentra una gran semejanza entre esos ojos de la arquitectura y el variado catálogo de los ojos humanos.

Los ojos de las ventanas se abren y se cierran, como un diafragma, como una sensible pupila de gato, para abarcar un mayor o menor campo de luz, para buscar el sol o para defenderse de él, para concentrarse en el interior o salir a buscar el paisaje, como nuestros ojos. O quizá, piensa, seamos nosotros los que moldeamos los ojos a imitación de los ojos de las ventanas cuando quedamos prendados de alguna de ellas, de la historia que parece estar dispuesta a contar. Incluso cuando viajamos a gran velocidad en el tren y, desde nuestra ventanilla, percibimos la ventana entreabierta de una casa en el campo.



Si nuestro ojo mantiene la mirada de la ventana,  
si no intenta esquivarla, no tiene más remedio que  
parpadear.

Recuerdo los dibujos de ventanas de un libro de arte que había en la casa de mi infancia, y cómo, mientras lo contemplaba con detenimiento, reteníendolas, como si las volviera a dibujar interiormente, detrás de cada una de ellas imaginaba una escena, el capítulo suelto de una historia siempre incompleta.

Al otro lado de la ventana de arco conopial intuía la presencia de alguien que tañía un instrumento de cuerda, quizá una vihuela. Al otro lado de una ventana de arcos lobulados, una litera repleta de almohadones forrados de seda y, sobre ella, cuerpos entregados al placer.

En un ejercicio de imaginación inverso, también el paisaje enmarcado en esta clase de ventanas cambiaba dependiendo de su forma, y podían mirar a un jardín, a un huerto o a una fábrica.

De todas las formas de las ventanas, las pequeñas ventanas geminadas, destruidas hace tantos años, continúan siendo las más reales, las más resistentes al paso del tiempo, dibujadas a lápiz en un cuaderno también desaparecido; y conservan, intacta, el aura de la fantasía. Pienso que nunca

veré más de lo que vi por ellas. El mundo recortado en dos pequeños orificios gemelos, que hablan del sentido de la hermandad más extrema: los dos ojos que crean la perspectiva o que asisten al nacimiento de la luz. La primera vez que abrí los párpados.

–Piensa en una ventana, ¿la ves cerrada o abierta?

–Cerrada. Creo que la veo como elemento central de una ceremonia. Primero está cerrada y luego se abre. Me parece que las ventanas se presentan en sociedad cerradas, al igual que las personas comparecen vestidas en público. La ventana está cerrada, sí, pero enseguida siento la necesidad de abrirla, como si así se consumara su representación y terminara de ser una ventana. Es como la manzana en el frutero que todavía no es una manzana completa, hasta que me la llevo a la boca y la muerdo.

–Entonces, para ti una ventana existe para ser abierta.

–Creo que sí, pero en algún momento tendré que cerrarla de nuevo.

–Por favor, no la cierres. No antes de que termine el verano. Sigamos hablando.